

De instantes y destellos. Notas sobre el tiempo en Georg Simmel.

Florencia Gasparin.

Cita:

Florencia Gasparin (2013). *De instantes y destellos. Notas sobre el tiempo en Georg Simmel. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/522>

**X Jornadas de sociología de la UBA.
20 años de pensar y repensar la sociología.
Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI.
1 a 6 de Julio de 2013**

Mesa: 52 - Georg Simmel y la cosificación de las sociedades modernas.

Título de la ponencia: De instantes y destellos. Notas sobre el tiempo en Georg Simmel.

Autora: Gasparin, Florencia (Lic. en Sociología. Maestranda en Comunicación y Cultura, F.Soc., UBA. Becaria UBACyT de Maestría)

Pensar el tiempo.

En diferentes textos Georg Simmel se detiene en elementos y problemas que, siendo aparentemente secundarios, condensan las “tendencias profundas” de la vida social. El proceder de su análisis propone que, bajo una mirada y una escucha atentas, los detalles de la vida pueden exhibir la totalidad de su significado. El fragmento y la totalidad, lo superficial y lo profundo, no constituyen dimensiones opuestas ni inconexas, sino que están enlazadas, plegadas una sobre la otra. Si bien ésta es una observación metodológica, la misma también atañe a una particular manera de concebir el tiempo y la forma de la vida en general. Para Simmel (2003: 80), “la genuina forma de la vida (...) radica en que ella está justamente toda entera en cada uno de sus instantes, por muy variados y contrapuestos entre sí que puedan ser los contenidos”.

En concordancia con este señalamiento, en el prefacio de *Filosofía del dinero* el autor afirma que la unidad de las investigaciones que allí se exponen no reside en el contenido, sino “en la posibilidad (...) de que se puede encontrar la totalidad de su sentido en cada singularidad de la vida” (Simmel, 1977: 12). Así, por ejemplo, la redondez de las monedas –un detalle que habitualmente no recibe la menor atención en la vida cotidiana– es destacada como la manifestación de superficie del constante movimiento que constituye la esencia de la vida moderna y, en un nivel aún más profundo, del “carácter absolutamente móvil del mundo” (1977: 647), de su perpetuo devenir. Tal como podemos leer en aquel texto, la circulación incesante del dinero es expresión de una de las formas del tiempo: una temporalidad en la que, siguiendo las “indicaciones simbólicas de Heráclito”, lo único permanente es el cambio.

Pero sus reflexiones en torno a las relaciones del dinero con el tiempo no se agotan allí. Sus textos también advierten que, en su carácter puramente abstracto, el valor monetario se encuentra en tensión con lo cualitativo de la vida: bajo el predominio del dinero impera una forma temporal que no es capaz de contemplar la singularidad vital. En las grandes ciudades, el dinero promueve y requiere que el tiempo se vuelva abstracto y cuantificable, pura medida sin contenido, equivalente general que hace comparables todos los momentos. Esta

temporalidad vacía, que no reconoce cualidades, es la que marca el acelerado ritmo vital del urbanita: bajo la lógica monetaria, el tiempo se mediatiza y la velocidad pierde de vista cualquier fin más allá de sí misma. Sin embargo, esta forma del tiempo no llega nunca a subsumir la totalidad de la vida. Ya que, junto a ella, se mantiene palpitante una temporalidad que escapa a todo cálculo y previsibilidad: el instante vital.

Será en esta última forma del tiempo que se centrará el trabajo que aquí presentamos, aunque, no por ello, dejarán de ser consideradas las demás formas temporales. En las páginas que siguen, proponemos recorrer, en distintos fragmentos de la producción del sociólogo, el modo en el que el tiempo del devenir, el tiempo cronológico y el tiempo de la vivencia, se acoplan, se tensan, se oponen, conviven, sin llegar a reducirse unos a otros. La caracterización de algunas de estas relaciones nos conducirá, hacia el final del recorrido, a preguntarnos por las implicancias éticas y políticas que en ellas se debaten.

El reloj pulsera en las grandes urbes.

Propone Simmel que, en la era del predominio del dinero, el reloj pulsera ha permitido alcanzar, en lo que se refiere al tiempo, una precisión que se ha vuelto indispensable para la concreción de los intercambios que sustentan la vida en las grandes ciudades. A tal punto que, especula, “[s]i todos los relojes de Berlín comenzaran repentinamente a marchar mal en distintas direcciones, aunque sólo fuera por el espacio de una hora, todo su tráfico vital económico y de otro tipo se perturbaría por largo tiempo.” (1986: 250)

El pequeño objeto que se ha adherido al cuerpo de los habitantes de la ciudad garantiza la equivalencia general en la medida del tiempo. Es así que la implacabilidad de la objetividad del dinero encuentra en este artefacto portátil un importante aliado: ambos proveen una medida que carece de todo contenido, que está completamente desligada de toda cualidad. Si el dinero, al erigirse en denominador común de todo valor, “con su falta de color e indiferencia”, “socava irremediablemente el núcleo de las cosas, su peculiaridad, su valor específico, su incomparabilidad” (Simmel, 2002c: 393), la forma temporal cronométrica, por su parte, homogeneiza el ritmo de la vida, volviéndolo calculable, medible y, por lo tanto, evaluable en términos monetarios.

Sin embargo, como anticipáramos en la presentación, el imperio de esta temporalidad no es absoluto. A esta homogeneización y linealidad se oponen, sostiene Simmel (2002c: 392), “aquellos rasgos esenciales e impulsos irracionales, instintivos, soberanos, que quieren determinar desde sí la forma vital, en lugar de recibirla como una forma general, esquemáticamente precisada desde fuera.” Así como el dinero no es capaz de expresar el “valor específico de las cosas”, su singularidad irreductible, el tiempo cronométrico no es capaz de alcanzar la dimensión cualitativa, el valor específico del tiempo vital. El instante vital, el tiempo de la vivencia, es invaluable en la métrica homogénea que pauta el movimiento de las agujas del reloj.

A diferencia del tiempo cronométrico, el movimiento que suscita la vivencia no es lineal, sino que se asemeja a un bucle o a un pliegue, en el que aquello que

escapa a la continuidad de la vida regresa sobre ella y la concentra sobre sí. La vivencia es como un “islote vital soberano que se escinde del *continuum* de la vida” (Vernik, 2009: 71), pero que, tras caer fuera del contexto de la vida, “vuelve a insertarse (...) de nuevo en él con ese mismo movimiento, como un cuerpo extraño en nuestra existencia que, no obstante, está de algún modo vinculado con su centro.” (Simmel, 2002b: 18). En este sentido, la temporalidad de la vivencia es –a la vez– exterior e interior al curso de la vida, desborda el proceso vital y concentra toda la vida en sí.

La aventura.

Uno de los textos en los que este movimiento adquiere particular relevancia es el ensayo sobre la aventura. Ésta tiene, afirma Simmel, la particularidad de romper con la temporalidad del decurso de la vida.

La aventura es un enclave del contexto de la vida, algo arrancado de éste, cuyo principio y final carecen de vinculación con la corriente en alguna medida homogénea de la existencia, al tiempo que, no obstante, como saltando por encima de esa corriente y sin necesitar de su mediación, se conecta con los instintos más secretos y con una intención última de la vida. (Simmel, 2002b: 32),

Si existe un tiempo homogéneo, que transcurre bajo la forma de la sucesión –como lo hacen las horas, los días, los años–, existe también otra manera de darse del tiempo. Se trata, en este caso, de una temporalidad que escapa de la continuidad homogénea para adquirir una duración particular. La duración de la aventura –y de todos los acontecimientos que merecen quedar contemplados dentro de la categoría de vivencia– no está determinada por un antecedente y un consecuente, sino por una necesidad propia. En su sentido específico, la aventura “es independiente del antes y del después, (...) no finaliza porque empiece otra cosa. Sucede, antes bien, que su forma temporal, su radical tocar-a-su-fin, es la conformación exacta de su sentido interior” (Simmel, 2002b: 19-20). La atmósfera de la aventura, es la de “un presente incondicional, el desbordamiento del proceso vital en un punto que no tiene ni pasado ni futuro y que, por lo tanto, concentra la vida en sí” (2002b: 35-36).

Desde la perspectiva de esta forma temporal, la aventura tiene elementos en común con el arte y con la experiencia amorosa. En cuanto a la primera, la vinculación radica en que ambas constituyen una parte de la existencia que es percibida como un todo en sí misma, que se presenta como una unidad cerrada, como si toda la vida se resumiese y se agotase en ellas. Lo que define a una obra de arte es el hecho de que extrae “un fragmento de las series interminables y continuas de la evidencia” y lo separa “de toda interrelación con lo que viene antes y lo que viene después”, dándole “una forma autosuficiente como determinada y sustentada por un centro interior.” (2002b: 20) En lo que respecta a la experiencia amorosa, la conexión se establece en su doble aspecto temporal. El amor reviste el “entusiasmo culminado de forma momentánea y que se desploma abruptamente, y [de] lo imperecedero, en cuya idea cobra expresión temporal la mística destinación de dos almas” (2002b: 32). En este punto, compara Simmel el

brillo momentáneo que una experiencia amorosa puede dar a nuestra existencia con un fugaz rayo de luz que penetra en una habitación oscura. La pasajera historia de amor tiene con respecto a los fundamentos de nuestro ser, con el centro de nuestra naturaleza, el mismo vínculo que aquel destello luminoso mantiene con nuestra apetencia de luz (Simmel, 2002b, 2002c). En esta dualidad reside la clave que hace de lo erótico el terreno más propicio para el desarrollo de la aventura.

Los rasgos mencionados tienen la particularidad de excluir a estas vivencias de cualquier posibilidad de mediatización. Dado que constituyen experiencias cuyo valor se agota en ellas mismas, la aventura, el arte y el amor escapan a cualquier cadena que enlace medios y fines. Son inmediatas no por su duración, que –como ya señaláramos– no es evaluable en términos cronométricos, sino por el hecho de que se consumen en su misma experimentación. Allí radica su carácter momentáneo.

Inmediatez y sociabilidad.

Una inmediatez similar caracteriza a los fenómenos que Simmel reúne bajo el concepto de sociabilidad. Desligadas de los propósitos y fines que las motivan en otras escenas de la vida, las formas de interacción adquieren, en estos casos, un valor por sí mismas. En su diversidad, los encuentros sociables comparten la cualidad de ser formas de estar con otros que no contemplan más fines que su propia realización. Pero, lejos de tratarse de una inversión –como mencionáramos respecto de la velocidad en la vida urbana o como ocurre, de manera paradigmática, con el dinero–, lo que aquí se juega es la imposibilidad de toda mediatización. Ya que, de convertirse en un medio para un fin, el encuentro sociable deja de ser tal.

Entre los diferentes fenómenos que Simmel considera bajo esta categoría, nos interesa detenernos en la conversación. Descrita por el autor como “el soporte más amplio de toda comunidad humana” (Simmel 2002a: 93), esta práctica revela claramente la particular tendencia de los encuentros sociables a abstraer las formas de los contenidos. En numerosos contextos, hablar puede constituir un medio para diversos fines, pero cuando se conversa el intercambio comunicativo no tiene más motivo que su propio desarrollo. En la conversación, “el contenido es meramente el carril indispensable de la estimulación que el intercambio vivo del hablar despliega.” (Simmel, 2002c: 203) Las formas de interacción conversacional adquieren en ella significación en sí mismas: “lo que de otro modo es forma pura de interacción, aquí es su propio contenido autosuficiente.” (Simmel, 2002c: 204). Esto no significa, sostiene el autor, que el contenido no revista interés alguno. Éste debe resultar estimulante pero, para que la conversación siga siendo tal, no debe convertirse en el motivo del diálogo.

Esta tensión entre la forma y el contenido es característica de todos los fenómenos que contempla la categoría de sociabilidad. El lazo que en ellos vincula ambas dimensiones puede pensarse bajo la imagen de delgados hilos que, si se cortan completamente, vuelven vacua la riqueza de estos encuentros.

Si la sociabilidad corta del todo los hilos que la relacionan con la realidad de la vida y de las que teje su tela, aunque ésta sea estilizada de muy otra manera, su carácter de juego se convierte en un puro jugar con formas vacías, en un esquematismo sin vida y orgulloso de carecer de ésta. (2002a: 99)

Pero si estos hilos se conservan, si el vínculo entre forma y contenido se mantiene en su justa medida, la sociabilidad puede ensamblar “la más fina y sublime dinámica de la existencia social” (Simmel, 2002a: 100). Afirma Simmel que el efecto liberador y de felicidad que proporcionan estos “reinos contruïdos de las meras formas de la existencia” radica en que “en ellos estamos libres de la vida y, sin embargo, la tenemos.” (Simmel, 2002a:100).

Podemos advertir en esta sugerencia un movimiento similar al del bucle o del pliegue destacado en el ensayo sobre la aventura: las formas de la sociabilidad, al tiempo que saltan por fuera de la existencia social, se conectan con sus dimensiones más plenas y profundas.

El mar, el instante y el devenir.

El escrito sobre la sociabilidad al que nos remitimos en el apartado anterior brinda, a su vez, otro elemento que resulta claves para la indagación emprendida. Allí, el movimiento antes descrito –el pliegue que conecta lo superficial y lo profundo–, es ejemplificado en la imagen de las olas del mar.

Así como nos libera interiormente la contemplación del mar, no a pesar de, sino porque en su levantarse para refluir, su reflujo para volver a levantarse, en el juego y contrajuego de sus olas está estilizada toda la vida a la expresión más simple de su dinámica, totalmente libre de cualquier realidad experimentable y de toda la gravedad de los destinos particulares, cuyo sentido último, sin embargo, parece desembocar en esta pura imagen (2002a: 100-101)

La referencia al perpetuo movimiento marino y a su vinculación con la totalidad de la vida, nos remite a aquella temporalidad de la que sólo nos hemos ocupado brevemente en las primeras páginas: el devenir. En su constante flujo y reflujo, el mar nos recuerda aquella forma del tiempo, con la particularidad de que, en este fragmento, la imagen deja entrever cuáles son las conexiones que aquella mantiene con el instante vital. Si el instante vital constituye un fragmento de la vida que “contiene toda la vida en sí”, si configura una “vida dentro de la vida”, no es porque escape al devenir, sino porque ambas formas del tiempo se encuentran inextricable conectadas.

Para Simmel (2003: 53), la vida “es un continuo fluir en el que cada instante representa el conjunto que se configura y reconfigura de forma ininterrumpida”. De ahí que cada instante vital, todo comportarse y toda acción sean toda la vida. “Imágenes momentáneas *sub specie aeternitatis*” (Simmel, 2007), el título del libro que compila sus aguafuertes publicadas en la revista *Jugend*, quizás sea la manera más sintética de expresar esta confluencia.

Temporalidad y ética.

Nos encontramos en este punto con un problema que, si bien de algún modo estuvo presente desde el comienzo, adquiere ahora una dimensión mucho más precisa. A partir del recorrido realizado, es posible advertir que, en la obra de Simmel, el problema de la temporalidad, tal como hemos intentado esbozarlo, se encuentra estrechamente ligado con la ética. Si cada momento y cada conducta particular es, como plantea en el ensayo “La ley individual”, “una nueva y enriquecedora posibilidad” en la que “cobra presencia la totalidad de la existencia”, entonces, la pregunta por la responsabilidad –“la médula misma del problema ético” (2003: 71)– no puede ser soslayada. Respecto de estas implicancias Simmel afirma que:

...análogamente a lo que ocurre bajo la categoría de la realidad, en cada *deber ser* actual se hace sentir, configurándolo y condicionándolo, cada uno de los momentos de la vida hasta ahora vivida. La responsabilidad de toda nuestra historia personal está ya implicada en la emergencia de lo debido en cada obrar particular. (2003:109) [Las cursivas son nuestras]

De allí la propuesta de una “ley individual” que el autor formula distanciándose del imperativo categórico kantiano. Sin pretender agotar aquí el contenido de esa formulación, podemos destacar, que uno de los desafíos que ésta plantea radica en la posibilidad de desarrollar una ética que contemple que “cada existir particular expresa en su peculiar lenguaje y de un modo exhaustivo la totalidad de la existencia.” (2003: 76) Lo que se juega, entonces, es la posibilidad de una ética que contemple la multiplicidad. Como propone Vernik, “la ley individual (...) es también una inflexión sobre las implicancias éticas de esas distintas formas que entretejen a cada instante la vida social. De las múltiples e infinitas posibilidades empíricas de estar-con-otros.” (Vernik, 2003: 85).

*

Tras arribar a este punto, suspendiendo momentáneamente el recorrido emprendido, nos preguntamos: esta posibilidad ética, ¿se encuentra proyectada hacia el futuro como una utopía que se avizora en el horizonte?, ¿o es dable pensar que la misma se juega incesantemente en el constante devenir de la vida, en cada uno de sus instantes? Esta pregunta, creemos, puede ser también formulada para repensar las implicancias políticas que la alianza inextricable entre el instante vital y el devenir tiene con respecto a los procesos de enajenación en las sociedades modernas. La posibilidad de romper con la enajenación y la mediatización de la vida, ¿es un ideal aún no alcanzado?, ¿o es que las relaciones mediatizadas –cuyo corolario son los vínculos cuya finalidad es el dinero– se encuentran permanentemente desafiadas por aquellas formas de estar con otros que excluyen todo cálculo racional y todo fin fuera de sí mismas? La lectura aquí ensayada se inclina a responder positivamente las segundas alternativas presentadas.

Podemos señalar, entonces, que las líneas que componen este texto, se han orientado no sólo a revisar un problema conceptual que encontramos

especialmente sugerente –como es el de la temporalidad–, sino también a esbozar un interrogante relativo a algunas de las implicancias éticas y políticas que éste aloja.

Bibliografía.

Simmel, G. (2010). El significado del dinero para el tempo de la vida. En G. Simmel, *Cultura líquida y dinero. Fragmentos simmelianos de la modernidad* (pp. 44-61). Barcelona: Anthropos.

----- (2007). *Imágenes momentáneas sub specie aeternitatis*. Barcelona: Gedisa.

----- (2003). *La ley individual y otros escritos*. Barcelona: Paidós.

----- (2002a). *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.

----- (2002b). Para una psicología filosófica. En G. Simmel, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos* (págs. 17-86). Barcelona: Península.

----- (2002c). *Sobre la individualidad y las formas sociales. Escritos escogidos*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.

----- (2001). *Intuición de la vida. Cuatro capítulos de metafísica*. Buenos Aires: Altamira.

----- (1986). *El individuo y la libertad*. Barcelona: Ediciones Península.

----- (1977). *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

----- (1939). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Buenos Aires: Espasa Calpe.

Vernik, E. (2009). En el amanecer de la sociología alemana. Hermenéutica, vitalismo y materialismo histórico. *La hermenéutica ¿un paradigma agotado? Texto, lenguaje, mundo. Actas de las I Jornadas Internacionales de Hermenéutica*. Buenos Aires: Proyecto Hermenéutica.

----- (2009). *Simmel: Sociólogo de la vida*. Buenos Aires: Quadrata.

----- (2003). Ideales simmelianos. *Estudios Sociológicos*, XXI (1), 75-87.